

**ARQUETIPOS IDEALES  
DE LA  
CIUDAD ÁRABE**

Por  
MARÍA JESÚS RUBIERA MATA

Ponencia  
del Congreso dedicado a  
LA CIUDAD ISLÁMICA

*Institución Fernando el Católico*  
Fundación Pública de la Diputación de Zaragoza  
Z a r a g o z a  
1991

UNIVERSITAT D'ALICANT  
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

**SIBID**

Nº DOCUMENTO.....

Nº COPIA.....

## ARQUETIPOS IDEALES DE LA CIUDAD ÁRABE

Por María Jesús RUBIERA MATA

Los árabes crearon sus arquetipos estéticos cuando aún eran beduinos, es decir, en la época pre-islámica, por lo que su concepto ideal de ciudad se basa en el asentamiento humano en los oasis y también en el reflejo fantasmagórico de los espejismos que dibujan ciudades luminosas en el horizonte. Por ello el arquetipo ideal de la ciudad arábigo-musulmana se encuentra en la descripción coránica del paraíso, es decir, que la ciudad ideal es oasis, atravesado por ríos y acequias, con árboles frutales, flores y edificios con algarfas —cuartos altos, sobrados— y lechos, descripción que, como es habitual en el Corán, está más sugerida que detallada. Lo mismo sucede con la ciudad de Iram de las Columnas —la ciudad espejismo— del pueblo de Ad que aparece descrita como incomparable a cualquier otra en cualquier país (Sura LXXXIX, aleyas 6-8), pero sin dar ningún detalle. Hay que esperar a la tradición y la exégesis para encontrarnos la descripción detallada de la ciudad arquetípica de la civilización arábigo musulmana donde se combina la ciudad-oasis del Paraíso con la ciudad-espejismo de Iram de las Columnas, creada para emular en acto de soberbia a la ciudad-jardín del paraíso. El andalusí Abu Hamid al-Garnati (s. XII) combina tradiciones y exégesis en uno de sus relatos de *Ajâib* del que ya hemos hablado en otro lugar<sup>1</sup> pero que conviene traer aquí de nuevo: Cuenta as-Subi en su libro sobre la vida de los reyes que Saddad ibn Imran ibn Ad era rey del mundo y su pueblo era el pueblo de Ad el primitivo, gentes a las que Dios había aumentado considerablemente el tamaño de sus cuerpos hasta ser más fuertes que nosotros. Dice Dios en el Corán «¿No habéis visto que Dios, que los ha creado, es más fuerte que ellos?» (Azora XLI, aleya 14).

Dios les envió al profeta Hud —sobre él la paz— para que les llamase a su sometimiento y obediencia. Y le dijo Saddad «Si creo en tu Dios, ¿qué

---

1. M. J. RUBIERA, *La arquitectura en la literatura árabe*, Madrid, 1988 (2), pp. 56-58.

obtendrá?». Hud contestó «El te dará en la otra vida el jardín del paraíso, construido con alcázares de oro, que llevarán pisos superpuestos también de oro, con jacintos, perlas y diversos pisos de piedras preciosas». Entonces Saddad dijo: «Pues yo construiré en este mundo un jardín del paraíso como éste y no necesitaré que me lo dé después de morir».

Dijo Ka'ba al-Ahbar —Dios esté satisfecho de él— que Dios menciona la historia de Iram de la columna en la Torá de Moisés. Esta es la descripción de su construcción: Saddad ordenó a mil príncipes gigantes que formaban parte del pueblo de Ad que saliesen y buscasen una tierra amplia con agua abundante. Así lo hicieron, y acompañados de otros mil hombres de su ejército y servicio, buscaron en el Yemen, hasta que llegaron al monte de Adén y vieron allí una campiña amplia, con muchas fuentes y buen clima, lo que correspondía a los deseos del rey Saddad.

Les gustó aquella tierra y ordenaron a los arquitectos y albañiles que delineasen una ciudad cuadrada de 40 parasangas. Cavaron los cimientos hasta el agua y colocaron cimientos de piedra del Yemen hasta llegar a ras de tierra. Luego construyeron, con ladrillos de oro rojo, un muro cuya altura era de quinientos codos por veinte de anchura. Saddad envió sus agentes a todas las minas del mundo para extraer oro y hacer los ladrillos, con lo que dejaron a todas las gentes del mundo sin una pizca de oro, pues incluso se llevaron el de los tesoros escondidos.

Luego construyeron en el interior de la ciudad trescientas mil columnas de esmeraldas y jacintos sobre oro: la largura de cada columna era de cien codos.

Sobre cada columna se extendieron losas de oro y plata sobre las que construyeron los alcázares de oro con aljofas de oro con incrustaciones de jacintos y aljofares.

En el camino de la ciudad pusieron ríos de oro cuyos guijarros eran jacintos, aljofares y diversos tipos de esmeraldas. A orillas de los ríos pusieron diversas clases de palmeras y árboles cuyas ramas eran de oro, con sus hojas y frutos, formadas por diversas clases de esmeraldas, jacintos y perlas.

Pusieron cuatro puertas en la ciudad, cada una de las cuales tenían cien codos de altura por veinte de anchura, todas ellas de oro, adornadas con aljofares y jacintos.

Alrededor de la ciudad levantaron cien mil atalayas de quinientos codos de largura, construidas de oro con aljofares y perlas. A cada uno de los lados

de la ciudad colocaron también atalayas de oro con un número de guardas para que vigilasen.

La construcción de la ciudad duró quinientos años, y cuando terminó fueron a los confines del mundo en busca de tapices, alfombras, colchas de seda para los alcázares y alforfás que había en Iram de las Columnas. Escogieron también vasijas, fuentes, lámparas, marmitas, mesas, jarras, cántaros y toda clase de utensilios que necesitaban, todos de oro. La tarea les llevó diez años y amueblaron la ciudad. Luego llevaron también toda clase de comidas, bebidas, dulces, perfumes, velas, incienso y toda clase de perfume de áloe, ámbar y alcanfor.

Cuando estuvo acabada, Sadding salió con miles de esclavas ataviadas con ricos ropajes, y otros servidores, dejando como lugarteniente en el reino a su hijo Mursid ibn Sadding, que era su primogénito y el más inteligente, político y popular entre sus súbditos, de entre todos sus hijos. Cuando Sadding divisó la ciudad, le gustó su belleza y perfección y dijo: «He logrado lo que Hud me prometía para después de la muerte y lo he logrado en vida». Pero no quiso entrar en la ciudad. Dios envió a un ángel que dio un gran grito, matando a todos en un abrir y cerrar de ojos, pues cayeron desplomados al instante.

Abu Hamid continúa el relato diciendo que Dios ocultó la ciudad a los ojos de los hombres que sólo la podían ver en la noche del desierto por el brillo de sus piedras preciosas, es decir que era un espejismo, visión que connota la estética árabe de la arquitectura y que culmina en el más mudéjar de los romances fronterizos: el de Abenámbar, moro de la morería con su

¿Qué castillos son aquéllos? Altos son y relucían.

La ciudad de Sadding, el arquetipo de la ciudad ideal islámica como emulación blasfema de la ciudad del paraíso se repite en otros relatos, pero en todos ellos tiene las mismas características: altos edificios, altas torres, altas murallas que brillan al estar construidas con oro y piedras preciosas. Y tienen ríos y riachuelos acompañados de vegetación. La tradición llega a los moriscos que describen la ciudad de Sadding en la rica lengua española de los siglos de oro.<sup>2</sup>

«Es un alcázar muy fuerte: sus puertas son de fierro y su tierra es púrpura y de alámbar; edificólo Sadding ibn Ad, fiyo de Tamud, fiyo del rey Akim, en el tiempo de los gentiles, y fabricólo y alzó sus fábricas y almenas

---

2. M. J. RUBIERA, *La arquitectura*, op. cit. supra, pp. 59-60.

muy altas, y vistióla, y abrió en este alcázar puertas a dos partes y lugares, y alzó muy altas sus tapias y enlucióla que parecía tierra de vidrio; y sus puertas de hueso de marfil, y vistió sus paredes de oro y sus rincones de plata y sus pilares de alatón y sus cañones y surtidores de plomo; y la barbacana de este alcázar es de alabastros blancos y colorados; fabricóse muy altos sus muros que resplandían y cercábanlo ríos muy deleitosos y vergeles y arboledas, y fuentes y aceñas, la cual alcázar está edificado, encrucijado de muchos caminos y carreras, dellas que van vía del Yemen y otras dellas la vía de Siria».

Cabría preguntarse si esta visión arquetípica influyó en la de las ciudades de Al-Andalus. Sabemos que al menos los alfaquíes juzgaron como un pecado de soberbia la utilización de ladrillos de oro en Madinat az-Zahara<sup>3</sup>, aunque no nos consta que su destrucción fuese considerada castigo divino. Pero hay otra ciudad andalusí que se nos presenta desde el punto de vista literario como una «Iram de las columnas» que recibe el castigo por su soberbia: es la Valencia del S. XI.

Valencia es descrita por los poetas andalusíes como la ciudad-paraiso, especialmente por estar atravesada por río y acequias y por su vegetación, como ya señaló D. Elías Terés<sup>4</sup>, tópico que alcanza hasta a sus detractores que dicen de ella que es un paraíso, aunque con mosquitos y charcas, tópico que alcanza a los trenos que entonaron los literatos cuando fue conquistada por Jaime I, como el de Ibn al-Abbar en el que habla de la paradoja de que las gentes del fuego, es decir del Infierno, se hayan apoderado del Paraíso.<sup>5</sup>

Pero fuera de este tópico hay una descripción de esta ciudad en la que aparece con todas las notas de la ciudad arquetípica de Saddad. Es en el poema conocido como Elegía de Valencia, atribuido al toledano al-Waqqasi y que se conserva en árabe dialectal hispánico. El texto, que yo creo que es un poema como lo creía Nykl, se encuentra como es sabido en la Crónica General con una traducción castellana medieval que es la que vamos a utilizar.

---

3. M. J. RUBIERA, *La arquitectura*, op. cit. supra, pp. 61-62.

4. ELIAS TERÉS, «Textos poéticos sobre Valencia» *Al-Andalus*, 30, 1965, pp. 291-307.

5. M. J. RUBIERA, «La conquista de València per Jaume I com a tema literari en un testimoni de l'esdeveniment: Ibn al-Abbar de València» *L'Aiguadolos 7* (Tardor, 1988), pp. 33-44.

La elegía comienza describiendo los males que han caído sobre la ciudad y su causa:

Valencia, Valencia, vinieron sobre ti  
muchos quebrantos et estas en ora de te perder.  
Pues si tu ventura fuera que tu escapes desto,  
será gran maravilla  
a quienquier que te viere.  
Et si Dios fizo merced a algún lugar,  
tuvo por bien de lo fazer a ti,  
que fuiste siempre alegría y solaz  
en que todos los moros folgavan.  
Et si Dios quisiere que de todo en todo  
te hayas de perder desta vez,  
será por tus grandes pecados et por los grandes atrevimientos  
que hubiste en tu soberbia.

La ciudad sufre quebrantos por su soberbia como la ciudad de Iram de las Columnas. Más tarde veremos cuál fue su pecado que fue también de soberbia urbanística. Pero ahora veremos cómo la ciudad se describe con las notas de la ciudad arquetípica: altas fábricas, altas torres, altas almenas que relucían:

Las primeras cuatro piedras cabdales  
sobre que tú fuiste afirmada,  
quierense ajuntar para hacer duelo y no pueden.  
El tu muy noble muro que sobre estas cuatro piedra  
fue levantado, ya se estremece todo  
y quiere caer porque perdió la fuerza que había.  
Las tus muy altas torres et muy fermosas  
que de lexos parecían y confortaban  
los corazones de tu pueblo  
poco a poco se van cayendo.  
Las tus muy blancas almenas de lexos muy bien

---

6. J. RIBERA y TARRAGO «La elegía de Valencia y su autor» *El archivo Denia*, 1977, reeditado en *Disertaciones y opúsculos* Madrid, 1928, II, pp. 275-285. R. MENENDEZ PIDAL «Sobre aluacaxi y la elegía árabe de Valencia» *Homenaje a D. Francisco Codera*, Zaragoza, 1904, pp. 391-409, A. R. NYKL «La elegía árabe de Valencia», *Hispanic Review*, 1940, pp. 9-17; y *Hispanio-Arabica poetry*, Baltimore, 1956, pp. 303-308; F. CORRIENTE «De nuevo sobre la elegía árabe de Valencia» *Al-Qantara* VIII, 1987, pp. 331-346.

relumbraban perdida han su beldad  
con que parecían al rayo de sol;

La descripción de Valencia casi sigue la de Iram de las columnas: los firmes sillares, el muro, las torres, las atalayas, que si no son de oro brillaban desde lejos y al sol se parecían. Y a continuación viene el río, las acequias y la vegetación:

El tu muy noble río caudal Guadalabiar,  
con todas la aguas de que tú muy bien te sirves,  
salido es de madre y va donde no debe.  
Las tus acequias claras que de mucho te aprovechavas,  
se tornaron turbias et con mengua de alimpamiento,  
llenas van de muy gran cieno.  
Las tus nobles et viciosas huertas  
que en derreror de ti son,  
el lobo rabioso les cavó las raíces  
et no pueden dar flor.  
Los tus muy nobles prados en que  
muchas y muy fermosas flores había  
y tu pueblo tomaba con gran alegría,  
están todos secos.

Valencia tenía algo que no poseía Iram de las Columnas: un puerto que también aparece en la descripción:

El tu muy noble puerto de mar  
de que tú tomabas muy gran honra  
ya menguado es de las noblezas  
que por él te solían venir a menudo.

El pecado de esta nueva Iram de las Columnas había sido el mismo que el de su modelo: la soberbia urbanística.

Hagamos un poco de historia: Valentia, la antigua ciudad romana amurallada, había sobrevivido en tiempos visigodos, y tras la conquista árabe había formado parte del pacto de Tudmir con el nombre de Valentula, semejante al de Tulaitula (Toledo)<sup>7</sup>. Pero la ciudad se vio envuelta en la

---

7. M. J. RUBIERA MATA, «Valencia en el pacto de Tudmir» *Sharq al-Andalus* 2, 1985, pp. 119-120.



rebelión de Abdarrahan al-Fihri «El eslavo» contra Abdarrahan I por lo que el emir ordenó que fuese asolada<sup>8</sup>, destruyendo seguramente, ya que fue una medida de tipo militar, su antigua muralla romana. Es cuando se convierte en *Madinat at-Turab*, la ciudad del polvo que yo creo que se refería a sus edificaciones de adobe, que no debieron cambiar demasiado por la presencia del príncipe Abdallah, «El Valenciano», o incluso en época califal en la que posiblemente se levantaría una muralla no muy impresionante<sup>9</sup>, desarrollo urbanístico que no permitiría a Valencia caer en el pecado de orgullo de Sadding. Éste se produce a comienzos del siglo XI, cuando tras la *Fitna* se hacen con el poder de la ciudad los *fata* Mubarak y Mudaffar, antiguos encargados de las acequias de la ciudad. Estos dos personajes actúan como los Sadding de Valencia convirtiéndola en una verdadera ciudad, en una Iram de las Columnas, al menos desde el punto de vista del historiador Ibn Hayyan que, cordobés y legitimista, odió a los reyes de taifas. El texto en que se describe esta nueva Valencia es el siguiente.<sup>10</sup>

Estos dos arraces, Mudaffar y Mubarak, desde el principio de su reinado allí, se dedicaron a construir Valencia, fortificarla y defender sus puntos débiles con un muro que rodeaba la ciudad bajo puertas fortificadas. Así se libró de que se la codiciase y las gentes pudieron acudir con sus riquezas desde todos los puntos y habitarla pudiendo prosperar en sus negocios. Un grupo de emigrados de Córdoba, de los tiempos de su inestabilidad y agitación, arrojaron el bastón del camino y se quedaron definitivamente, construyendo mansiones y palacios, arreglando deslumbrantes jardines y espléndidos huertos, donde hicieron correr las aguas que brotaban. Mubarak y Mudaffar siguieron el camino de los reyes soberbios, al construir edificios y palacios, rivalizando en su grandeza, sin límites, ni medida, con lo que dieron un mal ejemplo para los que les siguieron.

Este criterio siguieron también sus compañeros y todos los ministros y secretarios que estuvieron a su servicio. Todos ellos siguiendo su ejemplo

8. M. J. RUBIERA y M. DE EPALZA, *Xàtiva musulmana (segles VIII-XIII)*, Xàtiva, 1987, pp. 47-48.

9. C. BARCELÓ TORRES, «Algunas notas sobre la ciudad islámica de Valencia» *Homenaje a D. José María Lacarra de Miguel en su jubilación del profesorado*, Zaragoza, 1977, II, p. 117.

10. IBN BASSAM, *Dajira* ed. I. Abbas, Beirut, 1979, vol. 5 (3.ª parte) pp. 16-17. Este escrito ha sido traducido al francés por A. L. DE PRÉMARE en «Croissance urbaine et société rurale à Valencia au début de l'époque des Royaumes de Taifas (S. XI siècle de J. C.)». Traduction et commentaire d'un texte d'Ibn Hayyan», (El comentario es de P. Guichard) *Revue de l'Occident Musulman et de la Méditerranée*, 31, 1981, pp. 16-30.

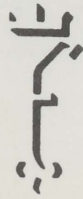
hicieron suntuosas construcciones, preocupados como estaban en cosas vanas y engañosas, entregándose en su ceguera a trabajos continuos, sin preocuparse de la situación en que se encontraba la comunidad musulmana, como si pensasen que Dios no les quitaría jamás su favor.

Así multiplicaron los gastos suntuarios: de algunos de ellos se calcula que se gastaron en la construcción de su casa 100.000 dinares, más o menos, según su deseo de llegar al máximo de esplendor. Utilizaron la más fina madera, las columnas más altas, el mármol más rico, traído directamente desde su cantera. Igualmente se hacían traer los tapices, joyas y túnicas más finas con lo que el mercado era muy activo a su costa y se agotaron los depósitos reales de su alcázar. Los comerciantes golpeaban los flancos de sus monturas hasta que lograban sus transacciones ventajosas, más allá de lo que podían esperar. No se veía sino caballos de raza, fardos voluminosos, vestidos de lujo, siervos de primera clase, utensilios y objetos muy diversos que deslumbraban los ojos y despertaban las envidias. Ésta fue la suerte que tuvieron durante un tiempo.

Me contó uno que había visitado a un hombre de esta corte, llamado Mu'ammal de Castalla y había visto la magnificencia de su mansión y el confort del que gozaba que era tal como no había visto en los palacios de los príncipes en la capital Córdoba. Este informante me contó que había visto almohadones forrados de piel de zorro con adornos, colocados alrededor de una alfombra de seda de Bagdad. Delante de este salón había una especie de noria, hecha con la más fina plata y de maravillosa factura, que era movida por el agua de un canal que atravesaba la casa, con un ingenioso mecanismo. También había visto otras cosas semejantes, desde muebles y utensilios lujosos hasta buena comida, bellos criados, exquisita música y una suntuosidad insuperable.

La descripción de las construcciones y los lujos de la Valencia del siglo XI nada tiene que envidiar a los de la leyenda de Iram. Esta ciudad alegre y confiada, donde no abundaban los alfaquíses según al-Udri y cuyos habitantes salieron vestidos de seda a enfrentarse con los cristianos en Paterna, escuchó también el grito del ángel y fue destruida como Iram de las Columnas por su soberbia como augura al-Waqqasi. El grito del ángel fue Rodrigo Díaz de Vivar.





INSTITUCIÓN FERNANDO EL CATÓLICO



DIPUTACION D ZARAGOZA